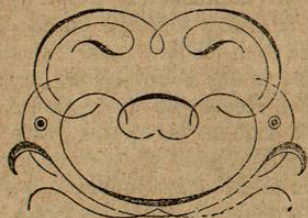


guerreros acuden á socorrerle y le salvan la vida; pero no puede sostenerse en pié: molido y quebrantado del golpe atroz, vomitando sangre, caída la cabeza, los brazos derramados, sin conocimiento y casi sin vida, le llevan á su tienda en el instante que Hersilia y Numa vienen á socorrerle con sus sabinos.



LIBRO QUINTO.

AEGUMRNTO.

Hersilia y Numa rechazan á los marsos. Retirada de Leonte. Rómulo fortifica su campo. Nuevas proezas de Leonte. Reunion de los marsos y samnitas. Junta Rómulo el consejo. Va Numa á apoderarse de los desfiladeros de los montes Trebianos. Halla en aquellas sierras un pueblo que le ama. Derrota de los marsos y samnitas en los desfiladeros. Desafio de Numa y Leonte. Magnánima modestia de Numa. Sabe que Tulio está espirando y lo abandona todo para ir á verle.

A la manera que un peñasco de formidable tamaño, desprendido de la cima de una montaña, rueda con estrépito hácia la llanura, y rodando aumenta su violencia, rompe, troncha, arrastra cuanto encuentra; las ninfas, los pastores asustados huyen con espanto; los ganados asombrados precipitan en el valle, y el labrador sobrecojido del terror no se atreve á huir: pero en lo mas

furioso de su curso halla el peñasco dos fuertes robles, los cuales nacidos uno junto á otro, ha cien años que entretejen sus ramas y raíces. Allí se detiene; los árboles resisten el choque y salvan á los pastores y rebaños: de este modo mismo se detiene Leonte al encuentro con Hersilia y Numa.

La altiva amazona fué la que empezó el asalto: ¡Barbaro! le grita, el gran Júpiter te pone hoy en mis manos; tu postrer hora ha llegado. Anda á vanagloriarte al averno de haber herido al gran Rómulo. Dice, y arroja con toda su fuerza un nudoso dardo que su furor no le permitió dirigir con acierto. Vuela el hierro, pasa al lado de Leonte, y atraviesa las entrañas del valiente Telon, que á la sazón despojaba de sus armas el cadáver de Arunco. Leonte, sin alterarse, arranca el dardo del cuerpo de Telon, y mirando á Hersilia, le dice con amarga sonrisa: Te vuelvo tu arma; aprende á usar mejor de ella, y se la tira. Numa se arroja al encuentro del dardo: olvida que su amante está defendida del celestial escudo, le parece que su cuerpo le cubrirá mejor. Da el dardo en medio de su pecho; su punta cruel rompe el oro y el bronce de la coraza, y aun penetra un poco en las carnes del generoso amante, tiñendo sus armas de un bello color de púrpura. Ve Numa correr su sangre y solo piensa en Hersilia: cuanto mas terrible ha sido el golpe, tanto mas tributa gracias á los dioses por haber librado de él á su querida prenda; pero en breve este afecto cede el puesto al deseo de la venganza: se avalanza á Leonte; pero

un tropel de combatientes los aparta y no pueden volverse á juntar.

Entonces, Numa se arroja contra los marsos que caen bajo su acero como las espigas á impulso de la hoz. Siempre al lado de Hersilia, hierre y mata con una mano y con la otra aparta todos los golpes que amenazan á la amazona. Esta suelta las riendas á su furor y deja sin vida á Ocreo, Opiter, Soractor y el joven Almeron: Almeron, único hijo de la desventurada Carítida: esta madre amorosa habia previsto su temprana muerte.

Cuando los marsos hicieron gente para ir contra los romanos, Almeron de edad solamente de quince años, habia huido de la casa maternal para juntarse con las tropas. Llega desolada esta triste madre al tiempo que iban á marchar y pregunta á todos por su hijo. Este que la ve venir, procura esconderse entre las últimas filas, ¡Mas quién podrá ocultarse al ojo penetrante de una madre! Carítida le descubre, vuela á él, le estrecha en sus brazos, le inunda con su llanto, y en tanto que Almeron no se atreve á levantar los ojos, temiendo sus reconvenciones, ella ahogada entre sollozos le dice: ¡Hijo mio! ¡único bien mio! ¡huyes de mí! ¡abandonas á tu madre! ¿Qué podrás hacer en los combates? ¡Apenas puede tu débil brazo sostener la pica; las flechas que despides pueden apenas matar un cervatillo y quieres ir á oponerte á los mas famosos guerreros de Roma! ¡Oh hijo querido! Espera á lo menos para abandonarme que no necesites de tu madre, espera para darme la muerte á que puedas vivir sin mí. Lloras, me abrazas y no me

prometes renunciar á tu cruel designio? ¿Y vosotros, marsos, lo consentireis? ¿Habeis tenido madre?.... Pero pues no hay remedio, dñenseme armas, iré á todas partes al lado de mi hijo: participaré de sus riesgos, le cubriré con mi cuerpo, y daré un ejemplo del valor que inspira el amor materno.

Desde aquel dia, no se separó jamás de su hijo. Leonte que amaba á la madre y al hijo les habia mandado no se apartasen de él un solo instante, y así, luego que el jóven Almeron habia disparado su flecha, volvia á ponerse á cubierto entre su madre y su general; pero en aquella noche funesta; se habian separado de Leonte y encontrándolos la temible Hersilia, á pesar de los gritos y defensa de Carfida, sepultó su espada en el pecho del tierno niño. Cae Almeron como una hermosa flor arrancada al suelo nativo en su primera aurora: sus ojos antes de cerrarse, buscan los de su madre; esta le ve y muere sin recibir otra herida.

Numa, no tan cruel, aunque igualmente formidable, solo ensangrienta sus armas en los que resisten. Hispon, Marsena y Priverno, han espirado á impulso de su lanza: Nasamon y Serapino, han mordido la tierra con las bascas de la muerte. Liger el animoso, se atreve con todo á hacerle frente y de cerca le arroja su disco. Hubiera muerto Numa, á no bajar la cabeza: el cortante disco se lleva la esfinge que brillaba en su yelmo y hace volar por el aire los penachos de púrpura. Numa entonces arremete á Liger y rompe la pica en su cuerpo. Desnudando despues la terrible espada de Pompilio, hiende la

cabeza á Orimanto: corta el brazo derecho á Tarchon, deja á sus piés sin vida á Quercens, y persiguiendo á los marsos ya puestos en fuga, consigue arrojarlos de los reales. Leonte solo se quedó en ellos.

Abandonado de todos los suyos, Leonte no piensa en que está solo: ha recobrado su ferrada clava, no necesita tropas que le defiendan. Pero los sabinos le cercan y el feroz Ufencio se adelanta y le grita con voz terrible: No es esta la asamblea de los marsos en donde basta el doblar un árbol para ser elejido general; es preciso morir, no puedes huir. Leonte le mira, se sonrie, evita el dardo que le arroja, y abalanzándose á él como un rayo, le abraza y le hace vomitar el alma y las entrañas por la boca: le arroja en el suelo, y puesto un pié sobre el cadáver palpitante, levanta con fiereza la cabeza y pasea sus ojos con ánimo sereno por todo aquel círculo de lanzas y espadas que le rodean. Inaccesible al temor, escoje el paraje por donde ha de arrojar-se: resuelto finalmente á la retirada, cierra con los que le impiden el paso; los ahuyenta ó despachura con su clava y alejándose lentamente y de malgrado, como un lobo que todavia hambriento, huye del redil á su pesar, tres veces vuelve á embestir y tres veces ahuyenta las tropas que le persiguen. En breve se junta con los suyos: su voz terrible los detiene. Vuelve á ponerlos en órden, y caminando en el espacio que hay entre ellos y los romanos, cubre la retirada de los marsos, rechazando y conteniendo á aquellos.

Numa irritado de las proezas que le ha visto hacer, quiere ir á pelear con él; pero el ruido

que oye á la orilla del rio llama su atencion. El anciano Sofanor venia al frente de sus tropas á favorecer la retirada de su colega. Los marsos aparentan que van á pasar el Fucino, y Numa por defender la orilla se ve precisado á abandonar á Leonte. Este guerrero ilustre se aparta con el resto de los suyos de aquel campo que ha llenado de sangre y muertes.

El prudente Sofanor, muy práctico en el arte de la guerra, mantuvo sus tropas en la orilla del rio hasta que salió el sol. Numa y sus sabinos aunque tan cansados con las fatigas de aquella noche cruel, tampoco abandonaron la orilla opuesta. Cuando Sofanor juzgó que su colega podia haber ejecutado su proyecto, retiró las tropas y Numa ejecutó lo propio con las suyas.

Desde aquel instante se acupa enteramente en el cuidado de los heridos. Todos los que halla en estado de ser curados, sean marsos ó romanos, tienen igual parte en sus desvelos y logran un pronto alivio. Busca en todos los sitios en que se ha peleado los que viven todavia, con el mismo zelo y ardor que buscó durante la refriega los que mas se resistian. Ya no piensa en la gloria, solo se acuerda de ser humano, y reputa como hermanos los enemigos ya vencidos.

Despues de haber cumplido estas sagradas obligaciones, y despues de asegurarse por sí propio que sus valientes sabinos puaden entregarse sin recelo al descanso, corre Numa á la tienda de Rómulo sin querer que antes le curen su herida; la necesidad de ver á Hersilia era para él la mayor de todas. Entra y ve al rey tendido sobre unas pieles de leopardos, cubierto de ven-

dajes sangrientos y rodeado de su hija y de los gefes del ejército. Menos ocupado de sus males que de la postura de sus tropas, guardaba un triste silencio que interrumpió al llegar Numa. Te estaba aguardando, exclamó; ya sé, jóven esforzado, tus valerosos hechos; tú solo has salvado hoy al ejército; acércate, ven á abrazarme; tu gloria es el mayor alivio de mis males. Numa se pone de rodillas y besa las manos de su rey. Levanta, le dice este, y piensa en ejecutar lo que voy á encargarte.

Los bárbaros nos han sorprendido, y el estado en que me veo me obliga á dilatar mi venganza: pocos dias bastarán á mi restablecimiento; pero durante este tiempo, es preciso resguardar nuestro campo de otro nuevo insulto. Ve pues, valiente Numa, lleva diez cohortes á la selva inmediata y les harás cortar cincuenta mil estacas fuertes, de la altura de un hombre y bien aguzadas por las puntas. Tú, Mecio, entre tanto, harás hacer un foso ancho y profundo, que formando un cuadro perfecto, rodeará y cerrará todo el campo, y solo dejarás en medio de cada lado una entrada; emplearas en este trabajo las legiones latinas, que son las que menos han padecido esta noche pasada. Id pues, y procurad que todo se haga breve y puntualmente; á la noche volveréis á tomar nuestras órdenes.

Mecio y Numa obedecen prontamente. El prudente Rómulo hace clavar las estacas en el borde interior del foso á poca distancia unas de otras, y cubriéndolas despues de tierra, habiéndolas antes atado unas á otras, aguzadas las puntas que sobrepujan el espaldon de tierra, consi-

gue verse rodeado de un bosque de dardos. En tres dias concluyen Mecio y Numa esta grande obra; en las cuatro puertas levantan ocho reducos llenos de soldados, y los romanos, seguros y tranquilos en su campo, como si estuvieran en su ciudad, admiran como el genio de uno solo puede salvar ó perder á muchos millares de hombres.

Sofanor, tranquilo al otro lado del rio, habia visto los trabajos de Rómulo sin inquietarle. Sospechoso Rómulo acerca de esta inaccion, no podia penetrar el motivo que impedia á los marsos de obrar. ¿Qué hace, pues, esclamaba, ese temible Leonte? Sin duda se contenta con haber herido á Rómulo; mas no por eso juzgue que me ha vencido, apenas principia ahora la campaña. ¿Por qué ese caudillo, tan propio para los asaltos nocturnos, no intenta quemar segunda vez nuestros reales? ¡Oh Júpiter! ¡oh Marte, padre mio! aliviadme los dolores que padezco, volved la fuerza á mi brazo enfermo, y no me ocultaré entonces en mis reparos.

Así hablaba Rómulo cuando ve llegar á su presencia un soldado de Capúa cubierto de sangre y polvo; jadeando y medio muerto venia de la ciudad de Auxencio á donde su rey se habia retirado. ¿Qué noticias me traes? le pregunta Rómulo. ¿Han forzado el paso los samnitas? ¿Han sitiado á mi aliado? Tu aliado, responde el soldado, está en poder de los enemigos. Leonte, el formidable Leonte, se ha aparecido bajo los muros de Auxencio cuando le creíamos estar peleando contigo. Se ha hecho dueño de la ciudad, del rey, de sus tesoros, de sus tropas y almacenes; y no contento con esta hazaña, ha vo-

lado á sorprender el ejército que esperaba á los samnitas á la bajada del Apenino, le ha derrotado y se ha juntado con estos terribles enemigos.

Al oírle Rómulo, deja caer la cabeza sobre el pecho, calla y se queda inmóvil; pero en breve recuerda al estrépito de clarines y trompetas que se oye de la parte opuesta del rio. La causa de este marcial estruendo, era el magnánimo Leonte, que conducia al campo de Sofanor al rey cautivo, cuatro mil prisioneros, un botin inmenso y las invencibles escuadras de los samnitas. Los romanos ven distintamente al rey, resplandeciente de oro, montado sobre un hermoso caballo. Leonte, cubierto de la piel de Leon, camina á pié á su lado; sus valientes marsos le rodean, y veinte mil samnitas, cubiertos de bruñido acero, cierran su marcha triunfante.

Ponen sus tiendas estas nuevas tropas al lado de las de Sofanor, apenas cierra la noche, cuando mil fuegos encendidos en toda la ribera del Fucino, alarman á los romanos y les hacen temer segundo insulto.

Estos valientes romanos, que hasta entonces prorrumpian siempre en gritos festivos al ver el enemigo, ahora guardan triste y profundo silencio á la vista de aquel campo formidable. Los soldados se miran unos á otros con espanto; los cabos no se atreven á comunicarse sus temores, todos vuelven los ojos á Rómulo. Se doblan las guardias y batidores, se prepara todo para el combate, y á pesar de la fuerza y solidez de las nuevas obras, del número y valor de las tropas, la inquietud y el recelo ocupan todos los ánimos.

Rómulo mismo está receloso y turbado, pero

muestra en público un rostro sereno. Apoyado sobre una lanza y caminando con dificultad á causa de su herida, visita todos los cuarteles, anima á los soldados, y aunque su corazón está oprimido de tristeza, dá en alta voz gracias á los dioses que le entregan juntos á sus enemigos.

No obstante, una órden secreta junta el consejo. Mecio, Valerio, el sabio Catilo, el prudente Bruto y otros capitanes de acreditada experiencia, acuden á la tienda del soberano; su nacimiento llama á esta junta á la bella Hersilia, y á Numa sus hazañas. Los lictores guardan la entrada de la tienda real y apartan á los curiosos. Entonces Rómulo, dejando la serenidad aparente que ha manifestado á las tropas, mira con inquietud á todos los concurrentes, y les dice de este modo:

Vuestros consejos, compañeros míos, me han sido siempre muy útiles, pero hoy me son del todo necesarios. Los enemigos, vencedores de mis cobardes aliados, tienen triplicadas fuerzas que nosotros. Es cierto que á favor de nuestras trincheras les podemos resistir fácilmente; pero si pasan el río y nos bloquean en nuestro campo (cosa muy creíble) antes de ocho días nos faltan los víveres y perecerémos sin pelear. ¿Qué haremos, amigos míos, en situacion tan crítica? ¿Pelearémos contra los dos ejércitos reunidos y evitaremos muriendo una capitulacion vergonzosa, ó bien intentaremos una retirada que siempre ha de ser con mucho riesgo y pérdida?

Calló Rómulo, y Mecio propuso se enviase á Roma, pidiendo socorro á Tacio, y que entre tanto se esperase, al resguardo de los reparos,

que llegase el colega de Rómulo: Bruto al contrario, fué de opinion que se presentase la batalla al enemigo, pues no habia otro medio menos incierto; pero Hersilia se le opuso diciendo: En tanto que mi padre no puede pelear no debemos tener fundadas esperanzas de vencer; de su brazo pende la victoria, y ahora no puede servirnos; sigamos el consejo de Mecio, estémonos quietos en el campo y envíese al punto á pedir refuerzo á la ciudad; pero convendria para reprimir el orgullo de los enemigos é impedirles que nada emprendan en algunos dias, que Numa y yo, saliendo á la media noche, penetrásemos en el campo de los samnitas, y en tanto que, alucinados con su victoria y fatigados de la marcha, se entregan al descanso, nosotros llenariamos sus tiendas de muertes y estrago. Este es mi dictámen; si mi padre le aprueba, vamos al punto á ejecutarle.

Numa la escucha arrebatado de gozo: sus ojos siguen todos los movimientos de Hersilia: su corazón palpita viéndose preferido de ella, y esta noche en que deben pelear juntos le parece la época mas feliz de su vida. Pero Rómulo desvanece sus esperanzas, oponiéndose al intento de su hija: los demas gefes proponen arbitrios ó imposibles, ó mas peligrosos que el mismo mal. Todos proponen, disputan y repiten lo dicho. Se alarga la sesion y nada se ha logrado mas que esponer claramente todos los males, sin encontrarles remedio suficiente.

De improviso el jóven Numa se siente inspirado de Minerva: pide permiso para hablar, y Rómulo se lo concede mirándole con complacencia. Gran rey, le dice el héroe, creo que hay

un medio, no digo para salvar al ejército solamente, pero aun para asegurarle la victoria. A nuestras espaldas tenemos los montes Trebanios: estas asperísimas sierras tienen gargantas y desfiladeros, en los cuales cien mil hombres pueden ser derrotados por un corto número de tropas dueñas de las alturas. Si esta noche me permites marchar con la mitad de mis sabinos, mañana antes que el sol llegue al ocaso ocuparé los desfiladeros. Tú, señor, huiras de los enemigos, por la primera vez: ni te asuste esta voz *huir*, pues así aseguras una victoria completa. Los marsos y samnitas te perseguirán, y luego que se internen en las gargantas, los esperarás y pelearás con ellos, en tanto que yo con mis sabinos desde lo alto, los combatirémos con las armas arrojadizas y con las piedras que caerán sobre ellos.

Así dice Numa, y Rómulo le abraza tiernamente. Valiente Joven, le responde, mas que la vida te deberé, pues salvarás mi gloria. Corre á ejecutar tu proyecto; llévate todos los sabinos, excepto la caballería que te seria inútil y á mí me hará muy al caso para cubrir la retirada. Una noche de ventaja te será suficiente; marcha, pues, al instante, y si logras tu empresa mira cual será tu recompensa. Diciendo esto le enseña á Hersilia.

Numa se queda inmóvil. La sorpresa, el gozo, todos los afectos que le agitan le embargan la voz, sus ojos miran á un tiempo á Rómulo y Hersilia. Finalmente, se precipita á los piés del rey: Hijo de un dios, le dice, ahora acabas de hacerme invencible. Vengan los marsos, los sam-

nitás; únase contra mí la Italia entera, no la temo, el nombre, solo el nombre de Hersilia me hace casi igual á tí, y el honor de ser tu yerno me eleva al grado de los semidioses.

Al pronunciar esto, brillan sus ojos del fuego de amor y valor, los dirige é Hersilia y lee en los suyos que ratifica gustosa la promesa de su padre; ardiendo en deseos de ponerse en marcha, vuela á mandar que se armen sus leales sabinos.

Inmediatamente salen del campo las legiones latinas, y van, por mandado de Rómulo, á formarse en batalla á la orilla del rio, con el fin de ocultar á los enemigos la salida de Numa. Los marsos, que juzgan van á ser atacados, acuden á la parte opuesta: unos y otros se arrojan flechas, dardos y piedras, y los romanos, ocupando á los contrarios, les quitan toda sospecha de la marcha de Numa.

Atraviesa las selvas de Sora, evita con un rodeo las peligrosas lagunas de Aratria, y enderezando su marcha hacia Asilo, llega al rayar el alba al pié de las sierras Trebanias. Antes de emprender la subida, el prudente Numa hace que algunas partidas de tropas ligeras vayan á descubrir terreno, y deja otras para que sirvan de guías á Rómulo. Comienza despues á subir por aquellas breñas. Sus soldados fatigados con la marcha forzada que acaban de hacer, trepan con trabajo; pero Numa los anima: siempre delante de todos, unas veces se asegura á las ramas de los arbustos para ayudarse, y otras clavando las puntas de sus dardos en las grietas de las peñas, su- be á favor de este apoyo. Anima con el gesto y la voz á sus compañeros: si se ofrece saltar

un barranco, pasa el primero, y ya del otro lado escita con el ejemplo á que le imiten; salva todos los malos pasos, y llegando á la cumbre, llama á los suyos. La imájen de Hersilia que va delante de sí le facilita todas las dificultades, y sus tropas, animadas al verle, superan finalmente todos los obstáculos.

Luego que ha llegado á lo alto, se admira al ver tierras cultivadas y prados llenos de ganados. Sus soldados le traen algunos pastores. Numa los tranquiliza con sus razones: no vengo, les dice, contra vosotros; nada teneis que temer: solo quiero que me guieis á vuestra principal poblacion: nos daréis los víveres necesarios, que se os pagarán puntualmente. Nuestro intento es solo el de apoderarnos por tres dias de estos desfiladeros. Libres ya de todo recelo, los pastores le conducen al lugar inmediato.

¡Cuál fué la admiracion de Numa al conocer entre sus moradores, aquellos mismos reatos á quienes habia concedido la libertad! El viejo que le habló el dia del sacrificio, se adelanta y reconociéndole: ¡Oh dia feliz! esclama, amigos, hijos míos: este es nuestro libertador; este es el héroe generoso que rompió nuestras cadenas; este es Numa! Apenas ha pronunciado este nombre, cuando todos los reatos rodean á Numa y se postran á sus piés. Unos le dan gracias por la libertad de sus padres; otros por haberles vuelto sus hijos y mujeres, y todos repiten: ¡Oh hijo de los dioses! (pues debe serlo, quien como tú los imita). ¡Qué gracias no te debemos por habernos concedido tantos bienes, y el mayor de todos que es el de poder besar tu mano libertadora

y contemplar un guerrero que sabe perdonar. Dispon á tu gusto de nosotros, de nuestras vidas y haciendas: todo es tuyo; eres nuestro rey, nuestro padre; y aun mas; pues fuiste nuestro libertador.

No puede Numa oir estas tiernas espresiones sin llorar. Sus valientes sabinos se enternecen con él, ya les une la dulce amistad con aquel pueblo virtuoso. Habitantes y soldados se mezclan, se abrazan; reciben y dan todo cuanto la hospitalidad y la amistad les inspira. Las chozas se llenan de los guerreros de Numa; hombres, niños y mujeres los sirven con zelo y andan solícitos en suministrarles aun mas de lo que necesitan. Tanto los sabinos como los reatos no componen ya mas que un pueblo solo y una sola familia. Todos aman y respetan igualmente á Numa: esta conformidad en los afectos los ha hecho hermanos.

Despues de haber dado algun tiempo al descanso, Numa dá la señal para juntar sus tropas, y todos los habitantes acuden con ellos á la voz del clarin, armado cada cual con lo que ha podido encontrar: este viene con una espada medio carcomida del orin, aquel con un escudo roto: el otro ha tomado una reja de arado y los mas se han provisto de armas, cortando gruesas y fiudas ramas de las encinas y robles. Querémos pelear por tí, dicen al héroe: serémos parte de tus tropas, y cree que si el corazon basta para hacer un soldado, nunca tendrás otros mas valientes y arrestados.

Hablando así, se forman esforzandose á imitar á los sabinos: se alinean unos á otros forman-

do filas mal compuestas, y piden con instancia se les conceda el puesto mas peligroso. En vano intenta el sensible Numa reprimir el zelo de su ardiente gratitud; en vano se resiste á esponer á los riesgos del combate á unos hombres que no tienen mas causa para pelear que el amor que le profesan; este amor es mas fuerte que su autoridad, y á pesar de sus órdenes y ruegos, el hijo de Pompilio se ve precisado á doblar el número de sus tropas. Entonces les esplica su intento, diciéndoles que quiere ocupar las alturas para destruir al enemigo.

Inmediatamente guian los reatos á los sabinos á todos los sitios y gargantas del paso indispensable; les señalan los puestos que deben ocupar, se apostan con ellos, cortan gruesos troncos, preparan montones de piedras para escachar á los marsos, y res ieltos á participar de los riesgos de los soldados de su bienhechor, aguardan con impaciencia al ejército romano.

En breve se descubre este. Rómulo habia salido de su campo y emprendido una diestra retirada con la cual engañados los marsos y samnitas le seguian, aunque siempre reprimidos por las sabia: maniobras del contrario. Quanto mas se acercaban á las montañas tanto mas procuraba el astuto general aparentar gran desórden en su marcha: la retaguardia se desordenó por su mandato, y la entrada de los romanos en los desfiladeros parecia una total derrota. Soñaron, Leonte y aun mas el general de los samnitas, dieron ciegamente en el lazo, y todo aquel ejército de aliados, compuesto de guerreros mas valientes que astutos, se internaron en lo mas áspero

de las gargantas, creyendo perseguir á unas tropas desmandadas y puestas en fuga.

Rómulo instruido por las guias que Numa le habia enviado, condujo de este modo á los enemigos hasta el sitio mas difícil y peligroso de los desfiladeros. Luego que vió logrado su fin, cesó de huir, y pasando por medio de la retaguardia con una columna de gente escojida, se presenta á los marsos, los llama al combate, y da el tiempo necesario á la retaguardia para rehacerse. El esforzado Leonte cierra antes que todos los romanos, y á su ejemplo los marsos y samnitas se disputan la gloria de acabar con los contrarios; cuando de improviso se ven cubiertos de una nube de piedras, troncos y peñascos que rodando con furia desde lo alto, escachan, rompen y destrozan sus batallones. Pasmados los gefes y soldados, levantan los ojos y ven las alturas cubiertas de lanzas; el espanto los deja inmóviles; no se atreven á dar un paso contra Rómulo, ni tampoco pueden volver atras. Numa les habia cortado ya la retirada. Encerrados por todas partes en un campo de batalla tan estrecho, impedidos por su misma multitud y sepultados bajo los enormes peñascos que los sabinos y reatos desprenden sobre ellos de continuo, se hallan vencidos sin pelear, arrojan las armas y piden capitulación.

¿Quién será capaz de espresar el furor y la rabia de Leonte? Semejante á una tigre de Hircania, que cayendo en la trampa que le ha puesto el cazador cerca de su cueva, y viendo que éste le arrebatase sus cachorros sin que pueda defenderlos, ruje, forcejea, despedaza con los dien-

tes las piedras que alcanza, las desmenuza con furor y devora con los ojos centellantes al enemigo que no puede ofender. Así Leonte siente aumentar su desesperacion y rabia oyendo los lamentos y quejas de su destrozado ejército. No espereis, les dice, que en tanto que Leonte os mande, consienta una villanía; antes de pedir de rodillas la vida al enemigo, tened siquiera valor para verme morir. Dice y se abalanza á la cumbre, y á pesar de las piedras y maderos, emprende solo el temerario arrojó de subir á lo alto.

Luego que los reatos y sabinos conocen su intento acuden al sitio que procuraba alcanzar y hacen un monton de gruesos peñascon para arrojarlos sobre él; pero Numa corre á detenerlos y les manda cesar el diluvio de piedras y dardos, que al fin hubieran sepultado á Leonte. Amigo, les dice, respetad su noble desesperacion. Hemos opuesto la ventaja del sitio á la ventaja del número; pero al valor de un hombre solo no he de oponer mas que mi valor. Aguárdate, Leonte, quiero ahorrarte la mitad del camino.

Dice, y baja con tranquilo paso, mandando retirar á los sabinos que querian acompañarle, y llega á juntarse con su terrible contrario, que le aguardaba sobre un peñasco llano rodeado de precipicios que apenas les franqueaba el espacio preciso para reñir. Cesa la pelea entre los dos ejércitos: fija la vista en los dos héroes; cada soldado se olvida de sí propio y solo piensa en ellos: la casualidad que los pone en aquel sitio elevado, parece que los ofrece á la vista y admiracion de las naciones de cuya suerte ellos van á decidir.

Cerca ya una de otro, se miran sin hablar, y parece aquel silencio hijo de una recíproca admiracion. Leonte fué el primero que habló. Aprecio, ó valiente jóven, dijo á Numa, ese valor que manifiestas y te confieso que entro con repugnancia en combate contigo; vuélvete, te ruego, á tus batallones y deja que sacie mi furor en la sangre de otros guerreros menos esforzados.

No hay ninguno le responde Numa, en todo el ejército; el último soldado de Rómulo me iguala en valor, y en breve conocerán si soy digno objeto de tu compasion. Dice, y no pudiendo arrojar el dardo á causa del corto espacio, le dirige con las dos manos lleno de furor al pecho de Leonte. Fué terrible el golpe pero dió en donde las uñas del leon cruzadas sobre el pecho, formaban una triple coraza, en ella se embotó el hierro de Numa, y la violencia del golpe hizo pedazos el dardo. Casi estuvo Leonte para caer; su furor aumenta, alza la formidable clava y dándola dos vueltas en lo alto, descarga un golpe espantoso sobre el escudo del contrario. Cae el escudo hecho mil pedazos, y el mismo Numa toca el suelo con una rodilla; pero al punto se levanta, y saca la espada de Pompilio que es ya su única defensa. Quiere Leonte herirle segunda vez, pero el ligero Numa evita el golpe. Ambos fijos los ojos en el contrario, atentos á todos sus movimientos, y dando vueltas en un espacio reducido, se doblan, se tuercen, dan mil golpes vanos y evitan otras tantas mortales heridas.

Iudignado Leonte de tan larga resistencia, toma su clava á dos manos, se arroja á su contra-

rio, y levanta sobre su cabeza la clava y la muerte á un tiempo. No pudo Numa evitarlo, se cubre con su espada, debil defensa que no le hubiera valido sin la proteccion de Céres. Esta diosa miraba desde el Olimpo el cruel combate; ve la ferrada clava que amenaza la cabeza Numa, se estremece, vuela y llega antes que descargue el golpe. Su brazo invisible y poderoso desvia el golpe, y Leonte arrastrado de su misma fuerza y del peso de la clava, cae en tierra como un pino de cien años arrancado por un violento huracan. Numa se arroja sobre él; con una mano le coje del cuello, y con la otra le pone la punta de su acero sobre el corazon: dueño soy de tu vida, le dice, pero no puedo dar la muerte á un guerrero como tú. Ven á jurar la paz; mas quiero ser tu amigo que tu vencedor.

Dice, se levanta y envaina su espada. Leonte apenas puesto en pié, abraza a su generoso enemigo, y los dos asidos de la mano bajan hacia los batallones de los marsos que ya se ocupaban en nombrar los ancianos que debian de ir á tratar con Rómulo.

Numa acompañado de Leonte, los conduce á la presencia del rey de Roma. Numa intercede á favor de los marsos, y Rómulo les concede la paz. Pondréis en libertad, les dijo, al rey de Capúa y le volveréis sus prisioneros y tesoros. En cuanto a las tierras de los Auruncos, que este monarca os pida, como siempre serán en vuestro poder ó el suyo un perpetuo motivo de discordias, me las cederéis a mí: en cambio mi aliado os dará la ciudad de Auxencio y en rehenes

á su hijo Cápis, en tanto que se cumple enteramente lo pactado.

Los marsos se convinieron gustosos con estas condiciones que les eran mas favorables que al rey de Capúa; y Rómulo que adquiria una nueva provincia, miraba con indiferencia los intereses de un aliado que despreciaba. Pero deseando recompensar á Numa, se vuelve á él y dice: tú, valiente jóven, triunfarás en mi lugar, sobre mi carro, entrarás en Roma, Leonte adornará tu triunfo, y mi hija te dará la mano ante el ara de Júpiter.

A tí solo, gran rey, responde Numa, es debido el triunfo, á mí me basta la mano de Hersilia, esta es la mayor gloria á que nunca puedo aspirar. En cuanto al valeroso Leonte, no soy yo quien le ha vencido; no, romanos, no he sido su vencedor: Céres ha bajado desde el Olimpo para darme la victoria. Vuelve, ó Leonte, vuélvete á tu patria: libre estás y eres invencible, pues solo has cedido á los inmortales. Dijo, y todos así marsos como romanos, creen oír á un dios. Leonte se precipita en sus brazos, y le estrecha en ellos llorando de admiracion. Se esfuerza en negar lo que ha dicho y pretende haber sido vencido. Mas Numa refiere en alta voz el modo con que Céres le ha socorrido; le da gracias de que le ha salvado la vida, y se cubre de una inmortal gloria, rehusando la que no merecia.

Entre tanto se ratifica y jura la paz: vuelve á estar libre el rey de Capúa; Rómulo entrega á Capis á los marsos, y envia uno de sus generales á tomar posesion del país de los auruncos. Antes

de separarse, Numa y Leonte se juran una eterna amistad y se hacen mutuamente un regalo. Numa obliga á su nuevo amigo á que admita el hermoso caballo de Tracia que Tacio le habia dado, y Leonte le da un yelmo fabricado por el mismo Vulcano, don que le habia hecho el general de los samnitas: consérvale siempre, le dijo, y sobre todo consérvame tu amistad, te doy palabra de consagrarte mi vida desde el instante que pueda disponer de mí mismo. Esta fué la despedida de los dos héroes.

Rómulo, pronto ya á volver á Roma, quiere que Hersilia y su amante juntos en el mismo carro, vayan a la cabeza del ejército. ¡Qué felicidad para Numa! Apenas puede reprimir su gozo. Está al lado de la que ama, seguro de poseerla, y esta idea tan dulce le llena de timidez. Numa cubierto de gloria, favorecido de Rómulo y libertador de todo el ejército, tiembla al lado de Hersilia: la mira y no se atreve a hablarle; en vano la ha obtenido y ella ha manifestado que paga su amor, no puede acabar de creer que haya podido merecerla.

Ya las tropas habian vuelto á pasar el Liris, cuando un correo cubierto de polvo pregunta á voces por Numa, y se presenta á él cubierto el rostro de lagrimas. Numa sobresaltado, le pregunta por Tacio, temiendo alguna funesta noticia. No vengo de Roma, le responde el mensajero, vengo de la selva y del templo de Céres. No ha podido el venerable Tulio tolerar tu ausencia y aun menos tu cruel olvido. Está en los últimos instantes de su vida, y pide por última gracia que pueda verte antes de morir.

Numa da un grito penetrante, se arroja del carro y sin pensar en despedirse de Hersilia ni pedir licencia á Rómulo, monta sobre un caballo, y vuela hácia la Sabinia.

